

América Central y la Guerra Fría, apuntes para una historia

VANNI PETTINÁ
El Colegio de México

Resumen

Este artículo ofrece un análisis historiográfico de naturaleza general sobre el impacto de la Guerra Fría en América Central. Para hacer esto, el trabajo proporcionará, en primer lugar, una reflexión sobre una posible definición, menos episódica y más latinoamericana, de la Guerra Fría en el hemisferio occidental. Esta se basará sobre el análisis de dos fracturas, una externa y la otra interna, que la Guerra Fría produjo alterando los procesos de transformación histórica de la región. Posteriormente, habiendo delimitado ese marco, pasará a cotejar y medir la relación de la subregión centroamericana con los procesos y temporalidades latinoamericanas durante la Guerra Fría.

Palabras clave: Guerra Fría; América Central; América Latina; Guerrillas; Dictaduras

Abstract

This article offers an historiographical analysis on the impact of the Cold War in Central America. To that end, this work begins by outlining a characterization of the Cold War in Latin America in way that is both less episodic and focused on a genuinely Latin American perspective. Our analysis will describe how the Cold War generated two fractures, one external and one domestic, which altered the region's processes of historical transformation. After having defined this framework, it will go on to analyze the connections between the Central American region and the broader Cold War processes affecting Latin America during that period.

Keywords: Cold War; Central America; Latin America; Guerrillas; Dictatorships

Introducción

Como para el resto de América Latina, también para América Central no han abundado hasta el momento los estudios enfocados en relacionar de forma sistemática—y no episódica—la evolución de las dinámicas político-sociales locales con el sistema internacional generado por el conflicto entre la URSS y Estados Unidos después de 1945.¹ A pesar de que la naturaleza ístmica de la región centroamericana, en su doble papel de istmo y puente, la ha tradicionalmente expuesto, por razones de importancia geoestratégica, a un proceso de interacción constante con fuerzas y actores externos, los estudios sobre estas dinámicas han sido más bien escasos o han adoptado un enfoque episódico.² Esto aplica al periodo de la Guerra Fría, pero también, como ha señalado Víctor Hugo Acuña Ortega, al proceso de inserción más amplio de la región en el contexto internacional desde la época de la globalización temprana.³

En la *Cambridge History of the Cold War*, por ejemplo, América Central hace su aparición solamente en el volumen final, el tercero, centrado en el análisis de la conclusión de la Guerra Fría y, específicamente, en un capítulo dedicado al conflicto político militar que arrasó a la región entre el final de los años 70 y los 80.⁴ Como esta simple anotación podría sugerir, existe un vacío historiográfico importante sobre el periodo entre 1954, fecha del golpe de estado apoyado por la CIA en contra del gobierno nacionalista de Jacobo Árbenz, y los años del sangriento conflicto que devastó la región a partir del final de los años 70. América Central es en este sentido un ejemplo, quizás entre los más emblemáticos, del problema general ya señalado por Greg Grandin con respecto a la historiografía sobre la Guerra Fría en América Latina. Es decir, los historiadores se han concentrado en interpretar y reconstruir las crisis más vistosas que afectaron a esos espacios y, al hacerlo, no han prestado suficiente atención a los procesos que conectaron estas crisis y a los contextos específicos que les pueden dar un sentido histórico más amplio.⁵ Al mismo tiempo, y en eso la perspectiva del propio Grandin muestra a veces también ciertos límites, los relatos sobre el periodo han mostrado una fuerte tendencia a seguir como hilo principal la variable de las intervenciones estadounidenses en la región.⁶ La consecuencia directa de este acercamiento al estudio de la Guerra Fría en América Latina y en América Central es que, en cierta medida, se ha marginalizado el punto de vista de los actores latinoamericanos y centroamericanos.⁷ En otras palabras, se trata de un enfoque que, al centrarse sobre la perspectiva estadounidense, vía el estudio de sus intervenciones, no ha historicizado con la debida profundidad los procesos, las cronologías y las responsabilidades latinoamericanas durante las largas décadas del conflicto entre Estados Unidos y la URSS. Como ha señalado en un estudio reciente Víctor Hugo Acuña Ortega, “no se conciben

o no se consideran los procesos históricos centroamericanos como fenómenos interactivos en el contexto de procesos globales.”⁸ Al contrario, añade el autor, “siempre ha parecido obvio que la historia del istmo ha estado condicionada por Estados Unidos, pero casi nunca se ha planteado la pregunta sobre cómo la historia de ese país ha sido afectada por la historia del istmo.”⁹ Esto implica además que la historiografía ha descuidado los procesos de adaptación y resistencia de los países o actores ístmicos frente a las dinámicas externas antes y durante la Guerra Fría.¹⁰

En este texto, evidentemente, no nos proponemos cubrir un vacío tan sustancial. En primer lugar, el reducido número de las páginas a disposición tornaría imposible tal intento. Y, en segundo lugar, no lo permitirían las propias limitaciones de quien escribe, con respecto al conocimiento específico de la región centroamericana que tal hazaña requeriría. El objetivo de este trabajo es, más bien, ofrecer en primer lugar una reflexión sobre una posible definición, menos episódica y más latinoamericana, de la Guerra Fría en el hemisferio occidental. Posteriormente, habiendo delimitado ese marco, el presente ensayo pasará a analizar la relación de la subregión centroamericana con los procesos y temporalidades latinoamericanas durante la Guerra Fría. La esperanza es que este ensayo contribuirá a la contextualización de los procesos centroamericanos durante el periodo que conocemos como Guerra Fría y que estimule una reflexión más sistemática sobre la relación entre estas dinámicas locales y el contexto internacional generado por el conflicto bipolar después de 1947.

Una definición de Guerra Fría en América Latina

Tanya Harmer, una de las estudiosas que en tiempos recientes ha trabajado de forma más original sobre la historia de la Guerra Fría en América Latina, en una de sus reflexiones sobre el periodo ha correctamente llamado la atención sobre el hecho de que la propia expresión Guerra Fría fue formulada para describir un contexto político que no era el latinoamericano.¹¹ El término *Cold War*, acuñado por el escritor británico George Orwell y retomado por el ensayista estadounidense Walter Lippmann, a quien se debe su popularidad para un público más amplio, fue efectivamente pensado para describir el conflicto que surgió entre Moscú y Washington, después de la Segunda Guerra Mundial, en torno al control de Europa. Para Orwell, la disponibilidad de armas nucleares había alterado de forma definitiva las dinámicas de las relaciones internacionales. La certidumbre de la destrucción recíproca que una guerra nuclear implicaba para las dos superpotencias, eliminaba la posibilidad de enfrentamiento militar, tornando la confrontación entre Washington y Moscú en una “guerra fría”.

En su ensayo, Harmer se preguntaba si una expresión acuñada para describir procesos primordialmente europeos mantenía también un valor heurístico para el contexto latinoamericano. En otras palabras, la pregunta planteada por la estudiosa británica era si el término Guerra Fría podría indicar o ayudar a visualizar procesos latinoamericanos, manteniendo en ese sentido una autonomía conceptual que autorice su uso también en la región y para referirse a ésta.

El primer punto que queremos analizar en esta reflexión es, justamente, qué entendemos cuando hablamos de Guerra Fría en América Latina y cuál podrían ser los términos generales de una definición tentativa del periodo. Para dar respuesta a este problema, quisiera volver a plantear y discutir en este texto un marco conceptual que he utilizado en un trabajo reciente, con el fin de delinear una posible definición problemática y cronológica de lo que entendemos por Guerra Fría Latinoamericana.¹² Siguiendo esa reflexión, es oportuno empezar señalando que, aunque el epicentro de la Guerra Fría se colocó durante su primera década en el escenario eurasiático, los ejes ideológicos y geopolíticos del conflicto afectaron desde un principio y de forma importante también la trayectoria histórica de la región latinoamericana. El comienzo de la Guerra Fría alteró de forma dramática procesos sociales, políticos y culturales plasmados en la región durante los años 30 y 40. Por ello, desde un punto de vista histórico, me parece que es justificable hablar de Guerra Fría en América Latina o, mejor dicho, de Guerra Fría latinoamericana.

En América Latina, el impacto del conflicto ideológico y geopolítico entre las dos superpotencias se manifestó por medio de dos fracturas que alteraron, por un lado, la interacción entre la región y el sistema internacional y, por el otro lado, los equilibrios socio-políticos internos a los países latinoamericanos. La yuxtaposición de estas dos fracturas frenó y dificultó aquellas dinámicas de democratización política y social trabajosamente plasmadas en el continente durante los años 30, desembocando en la primavera democrática de final de los años 40.¹³ Por otro lado, la combinación de estas mismas fracturas, que enseguida analizaremos más en detalle, obstaculizó también el proceso de diversificación económica iniciado en América Latina después de 1929 y que había visto un crecimiento de las bases industriales de las economías de muchos países latinoamericanos. La Guerra Fría latinoamericana puede ser definida, entonces, como la suma de estas dos fracturas y de su impacto sobre la evolución de los procesos de cambio social y político latinoamericano después de 1946.

El primer elemento que hemos definido como fractura externa se refiere a la forma en que la política exterior estadounidense hacia América Latina cambió radicalmente su rumbo como consecuencia del comienzo del conflicto con la URSS. En particular, el reacomodo posterior a 1946-1947 produjo en el subcontinente una ruptura radical con la forma en que las relaciones interamericanas

se habían articulado durante la larga etapa de las políticas de buena vecindad de Franklin Delano Roosevelt.

Durante los años treinta y cuarenta, después de dos décadas de *Dollar Diplomacy* y *Big Stick*, la política exterior estadounidense había asumido paulatinamente una mayor compatibilidad y convergencia con los procesos de cambio social continentales. Las Políticas de Buena Vecindad habían de alguna forma generado una condición de mayor compatibilidad entre la proyección de la hegemonía estadounidense en la región y los proyectos de cambio social y económico encabezados por distintas fuerzas progresistas latinoamericanas.¹⁴ Esta tendencia se interrumpió bruscamente a partir de 1946-1947, cuando las políticas latinoamericanas de Estados Unidos recuperaron un sesgo antagónico, como el que habían mantenido durante las dos primeras décadas del siglo XX, frente a las dinámicas de transformación que atravesaban las sociedades latinoamericanas. Este cambio brusco fue causado principalmente por el reacomodo geopolítico e ideológico de la política exterior estadounidense en función de su conflicto con Moscú.¹⁵

En primer lugar, el enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS determinó la adopción de un anticomunismo proactivo como eje de la política exterior de Washington hacia la región latinoamericana. A partir de la adopción de la Doctrina Truman en marzo 1947 y del lanzamiento de la estrategia del *containment*, Washington presionó a los gobiernos latinoamericanos para que ilegalizaran o excluyeran del juego político a los partidos comunistas nacionales. Esta política representó una consecuencia directa de la perspectiva global con la que Washington se enfrentaba a la URSS. A pesar de que Moscú tenía escasa capacidad de proyección en América Latina en la tesitura posbélica, Estados Unidos veía los partidos comunistas latinoamericanos como quintas columnas de Moscú en el continente y, por ende, los consideraba un peligro para el mantenimiento de su hegemonía regional. El problema es que estas presiones neutralizaron a un actor que había desempeñado desde los años 30 un papel importante en la consolidación de los procesos de ampliación de los derechos sociales y políticos en muchos países de la región.

Desde la adopción de la estrategia frentista por parte del VII Congreso de la Internacional Comunista (Comintern) de 1935, los partidos comunistas latinoamericanos habían asumido un papel crecientemente importante en apoyar agendas reformistas en colaboración con gobiernos nacionalistas-progresistas o desde su posición de liderazgo en algunos de los principales sindicatos latinoamericanos. En países como Chile, Costa Rica, Ecuador o Cuba las fuerzas de inspiración marxista, por ejemplo, habían desempeñado un papel importante en acompañar los esfuerzos llevados a cabo por partidos no marxistas para ampliar los perímetros sociales y políticos de las respectivas naciones.¹⁶ Es importante señalar,

además, que desde mediados de los años 30 la participación de los comunistas en el gobierno de países tan importantes como Chile o Cuba no había suscitado reacciones particularmente hostiles por parte de Washington. Al contrario, la alianza que Estados Unidos y la URSS habían mantenido después de 1941 en contra del Eje había en gran parte desplazado a un segundo plano el anticomunismo como eje de la política exterior norteamericana en el hemisferio occidental.

Con el comienzo de la Guerra Fría y debido a las consiguientes presiones que Washington ejercía para la ilegalización de los partidos comunistas latinoamericanos se debilitaba fuertemente un pilar importante de aquella *entente* construida durante los años 30 y 40 entre la hegemonía estadounidense y los actores que defendían agendas de cambio social en América Latina. La amplitud de esta problemática solo se puede entender considerando que el anticomunismo promocionado por Washington no afectó solo a las fuerzas comunistas latinoamericanas, sino también la más amplia agenda de cambio político y social promovida por las fuerzas comunistas juntos a otros actores progresistas. En otras palabras, la exclusión de los partidos comunistas propiciada por la política anticomunista de Washington debilitó aquella alianza reformista que, entre el final de los años treinta y la década de los cuarenta, se había articulado en distintos países alrededor de un eje nacionalista-comunista. En este sentido, una primera consecuencia del nuevo escenario generado por la Guerra Fría puede ser identificada la mayor dificultad que las agendas de reformas sociales incluyentes encontraron en la región. Además, habría que considerar que la ilegalización de una opción política importante, como había sido la marxista, y los retos que los proyectos de reforma encontraron a partir de 1947, favorecieron una paulatina polarización de los contextos políticos nacionales latinoamericanos. El clima de extremada polarización política, en contextos de fuertes desigualdades sociales, generó un contexto propicio para la militarización de las relaciones políticas, bien ejemplificado por el surgimiento de la guerrilla y de las doctrinas de seguridad nacional pensadas justamente para hacer frente a los movimientos armados.

En segundo lugar, el comienzo de la Guerra Fría alteró también la política económica norteamericana hacia los países del subcontinente, tornando más compleja la prosecución del proceso de diversificación económica iniciado en la región después de 1929. Las primeras señales de este cambio se manifestaron durante las Conferencias Interamericanas que sucedieron entre 1945 y 1948 (Chapultepec en 1945, Río en 1947 y Bogotá en 1948). Los encuentros entre los delegados de América Latina y de Estados Unidos se transformaron en foros de conflicto abierto y profundo entre dos estrategias divergentes de desarrollo económico. Por un lado, Washington proponía un enfoque basado en la teoría liberal de la división internacional del trabajo, que identificaba a los países latinoamericanos como proveedores de productos primarios para las economías

industrializadas. Por el otro lado, los países latinoamericanos defendían un modelo de desarrollo que apostaba por un modelo de industrialización por sustitución de importaciones liderado por el estado, dentro de un modelo comercial de tipo proteccionista, que encontraría sus defensores en Raúl Prebisch y en la CEPAL.¹⁷

En el marco de este enfrentamiento, Washington se mostró reticente en apoyar, como sí lo había hecho sobre todo durante los años cuarenta, los proyectos de desarrollo económico continental por medio de ayuda y préstamos de instituciones bilaterales, como el Export/Import Bank o, después de 1945, multilaterales como el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo.¹⁸ En la configuración de este enfrentamiento, pesaba un prejuicio ideológico estadounidense hacia el estatismo latinoamericano, los proyectos de industrialización liderados por los Estados latinoamericanos y sus políticas proteccionistas. Y, sin embargo, la reticencia de Washington en apoyar el desarrollismo latinoamericano fue también una consecuencia directa de la nueva geopolítica de la Guerra Fría y de su impacto sobre las políticas estadounidenses de contención global del comunismo. A través del Plan Marshall en Europa o de distintas formas de ayuda directa en India, Afganistán o Egipto, la administración Truman y sucesivas presidencias estadounidenses apoyaron proyectos de desarrollo que preveían una amplia participación estatal y fuertes dosis de proteccionismo. En estas regiones, la percepción de una amenaza soviética apremiante moldeó la respuesta estadounidense, flexibilizando su rigidez ideológica. En cambio, en América Latina, la política exterior económica estadounidense desplegó una fuerte intransigencia, bien ejemplificada por el lema adoptado por la administración Eisenhower: *trade not aid*, la cual se refería a la estrategia que los países de la región debían adoptar para su desarrollo.¹⁹ La asimetría en estas respuestas se debía al hecho de que la falta de una amenaza soviética real y directa en América Latina debilitó la relevancia geopolítica de la región, erosionando la capacidad de negociación de los gobiernos latinoamericanos frente a Estados Unidos. A partir de 1947, como consecuencia del comienzo de la Guerra Fría, los recursos estadounidenses se canalizaron de manera creciente hacia los nuevos confines del conflicto bipolar, donde la amenaza global comunista era percibida como más apremiante. Esto explica porque, primero Europa, y después Asia y Medio Oriente captaron crecientes cantidades de recursos económicos estadounidenses, privando a América Latina de aquel apoyo que en los treinta y cuarenta había contribuido a estabilizar y fomentar las economías regionales.

Finalmente, con respecto a la etapa rooseveltiana, la Guerra Fría marcó también un regreso poderoso del intervencionismo militar estadounidense, directo o encubierto, en los asuntos internos de los países latinoamericanos. Fue justamente en América Central donde el regreso del intervencionismo estadounidense a raíz de la Guerra Fría se manifestó por primera vez desde el comienzo de los años 30.

Y fue siempre en América Central donde, durante la última década de la Guerra Fría, la intrusión de la política exterior estadounidense en los asuntos internos de los países latinoamericanos alcanzó su nivel más brutal.

En 1954, el gobierno guatemalteco de Jacobo Árbenz fue derrocado por un golpe de estado llevado a cabo por la CIA. Después de 1959, las presiones de la política exterior estadounidense escalaron y Washington se vio involucrado en múltiples intentos de sofocar la Revolución Cubana y en el desembarco de marines en República Dominicana en 1965. En 1973, Washington brindó un apoyo determinante a los militares golpistas que en Chile derrocaron al gobierno democrático de Salvador Allende. Y, finalmente, como ya se mencionó, durante los años 80, después del triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua, la política exterior estadounidense bajo el mando del presidente republicano Ronald Reagan desempeñó un papel crucial en encarnizar los brutales conflictos político-militares internos a los países centroamericanos²⁰.

En su mayoría, estas intervenciones respondieron a la manera en que Estados Unidos había vinculado los procesos y las agendas progresistas de cambio social local, que no siempre involucraban a actores de izquierda marxista, con su propio conflicto con la URSS, a partir de 1959, con la Cuba socialista. El largo periodo (1933-1954) en que Estados Unidos había renunciado a una de las prácticas más execrables de su proyección hegemónica, es decir el intervencionismo directo, llegaba a su fin también a causa de los reajustes de su política exterior desencadenados por el conflicto con la URSS.

Resumiendo, anticomunismo proactivo, anti-desarrollismo y regreso del intervencionismo configuraron una cesura importante con las dinámicas interamericanas de las décadas de los años 30 y 40. Esta fractura se produjo en gran parte como consecuencia directa de los cambios que el conflicto bipolar generó en la política exterior estadounidense hacia América Latina.

La segunda variable que ayuda a visualizar la forma en que se desarrolló la Guerra Fría latinoamericana después de 1946/47 es la que hemos definido como fractura interna. Esta se manifestó bajo los auspicios de una paulatina revitalización de los actores más conservadores de la región durante los años del conflicto bipolar. Se trata de un proceso difícil de definir con precisión por su complejidad y por la variedad de formas bajo las cuales se manifestó en los distintos países de la región latinoamericana. Sin embargo, a pesar de los retos que esta generalización implica, sí se puede vislumbrar una tendencia general a nivel de la región que, después de 1945, marcó un relativamente rápido empoderamiento político de los sectores sociales más conservadores de los países latinoamericanos. Los golpes de estado en países como Colombia, Perú, Venezuela, Cuba o Guatemala, pero también el desplazamiento del centro de gravedad político de numerosos países latinoamericanos hacia equilibrios socialmente más conservadores, como



Imagen 1: Jacobo Arbenz, presidente de Guatemala, c. 1953

en Brasil, Argentina o Chile, señalan la presencia de esta fractura. Incluso cuando países como Colombia y Venezuela lograron regresar a una aparente normalidad democrática hacia el final de los años 50, en los hechos, se conformaron como democracias fuertemente limitadas.²¹ Este proceso venía a marcar una fuerte discontinuidad con las dinámicas de apertura democrática y de fortalecimiento del peso político de los sectores populares de los años 30 y 40.

El auge de las élites más conservadoras en la región se debió, en primer lugar, a la forma en que el proceso de reintegración latinoamericana en el orden económico internacional durante la pos-guerra favoreció los proyectos político-económicos de la vieja oligarquía regional. Después de 1945, la reactivación de los principales centros industriales mundiales tornó la diversificación industrial un proyecto financieramente más costoso y políticamente desafiante. En cambio, la producción primaria, que representaba un pilar importante del poder socio-

económico de las oligarquías regionales, basado sobre el control de la tierra, encontró nuevo aliento en un contexto de reactivación del comercio internacional post-Segunda Guerra Mundial. La Guerra Fría no fue ajena a ese proceso de reempoderamiento de las élites regionales, ya que el modelo exportador encajaba mucho mejor que el industrializador en el diseño del orden político-económico internacional elaborado por Washington después de 1945. Éste, como hemos visto, chocaba con los planes industrializadores latinoamericanos y, en cambio, confería a América Latina el rol de productora y exportadora de productos primarios.²²

La mayor compatibilidad entre el modelo exportador y el sistema económico internacional de la Guerra Fría no fue el único factor relacionado con el conflicto entre Oeste y Este que potenció las derechas latinoamericanas. El anticomunismo global estadounidense ofreció a las elites conservadoras de los países latinoamericanos en general, y centroamericanos en particular, un instrumento poderoso para poner en marcha políticas de desmovilización social, de exclusión política de los sectores más marginales de las sociedades latinoamericanas y, en definitiva, para mantener o aumentar cuotas de poder. Como ejemplo de lo que aquí estamos describiendo sería suficiente señalar el episodio guatemalteco, donde la reforma agraria de Árbenz fue derrotada por la convergencia entre anticomunismo estadounidense y la oposición de los sectores conservadores del país que veían en la redistribución de tierras una clara amenaza a las bases de su poderío político, económico y social. El trágico desenlace de la experiencia reformista del gobierno de Árbenz mostraba de que forma la coartada comunista volvía a empoderar, en el contexto de la Guerra Fría, las elites locales y sus planes de contrarreforma social.

Más allá de Guatemala, el anticomunismo constituyó una coartada para frenar, a partir del final de los años 40, los procesos de reformas social que se habían dado, aunque de forma tímida, en muchos países latinoamericanos durante los años 30 y 40. Leslie Bethell e Ian Roxborough han descrito de forma precisa como el comienzo de la Guerra Fría en América Latina coincidió con el inicio de una fase en que los procesos de democratización y reforma social encontraron crecientes dificultades para consolidarse en la región.²³ Una parte importante de estas dificultades se explica por la yuxtaposición de las dos fracturas profundizadas, una interna y la otra externa, detonadas por la Guerra Fría.

Como veremos más adelante, con la muy relevante excepción de Costa Rica, probablemente fue en la realidad socio-política de la región centroamericana donde se hizo más visible la forma en que, en América Latina, el solapamiento de la fractura externa y la interna jugó a favor de los procesos de *bonapartización* de los regímenes políticos locales, de polarización interna y de dramático incremento de la violencia política.

América Central y la Guerra Fría temprana: el derrocamiento de Jacobo Árbenz

Como se decía, de poder elegir una región que mejor ilustre la forma destructiva por medio de la cual operó la yuxtaposición de las dos fracturas que hemos descrito brevemente, esta sería probablemente América Central. Es en el istmo centroamericano donde las sinergias entre los bruscos cambios que registró la política exterior estadounidense al hilo del conflicto bipolar, y el empoderamiento de los sectores más conservadores locales que se dio en el contexto de la Guerra Fría, produjeron algunos de los eventos más dramáticos de la época. Y es precisamente en Guatemala donde la Guerra Fría latinoamericana descargó, en 1954, las tensiones acumuladas desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La Guerra fría centroamericana encontró en el presidente guatemalteco Jacobo Árbenz, y en el proceso de reforma de las estructuras económico-sociales del país llevado a cabo por su gobierno, el primer centro catalizador de sus fuerzas centrípetas. Árbenz fue elegido presidente en noviembre de 1950 con el apoyo de los principales partidos progresistas del país, incluidos el Partido de Acción Revolucionaria (PAR), el Partido de Renovación Nacional (PRN), el Partido de Integridad Nacional (PIN), el todavía ilegal Partido Comunista de Guatemala y las principales fuerzas sindicales guatemaltecas.²⁴ En la base del programa del nuevo gobierno había una clara intención de transformar la estructura productiva guatemalteca, dependiente de las exportaciones primarias y cuya producción era controlada por empresas extranjeras y por las élites terratenientes locales, en una economía más moderna. El pilar de esta estrategia era la implantación de un modelo de industrialización por sustitución de importaciones que, para ser llevado a cabo, necesitaba una transformación radical del campo por medio de la reforma agraria. El horizonte más amplio de este proceso de cambio, sin embargo, era la construcción de un país que integrara a los sectores sociales tradicionalmente excluidos, en particular campesinos de orígenes indígenas, que representaban la mayoría de la población guatemalteca.²⁵ Desde un punto de vista meramente ideológico, Árbenz no era un marxista sino, más bien, un líder nacionalista radical, que imaginaba una nación moderna e incluyente, en contraposición tajante al proyecto patrimonialista, excluyente y fuertemente discriminatorio de las elites oligárquicas del país. Sin embargo, desde el final de los años 40, el futuro presidente se había acercado paulatinamente a los comunistas guatemaltecos. En la base de este proceso, confluían distintos factores. En primer lugar, la modernidad industrial hacia la cual apuntaba el socialismo encajaba con el proyecto de transformación socio-económica promovido por Árbenz. Los comunistas parecían poder proporcionar las herramientas teórico-prácticas para llevar a cabo una hazaña de transformación profunda y compleja.

En segundo lugar, los comunistas representaban una fuerza anti-elitista que había pugnado tradicionalmente por la democratización política y social del país, puntos que los tornaban en aliados naturales del proyecto reformador de Árbenz. Asociándose con los comunistas guatemaltecos, Árbenz englobaba en su alianza un actor comprometido y determinado en apoyar la consolidación del proceso de democratización de Guatemala. En tercer lugar, habría que volver a destacar como en América Latina la convergencia entre nacionalistas y marxistas había representado un camino legítimamente recorrido por muchos proyectos de reforma social a partir de 1935.

El proyecto reformador del gobierno guatemalteco encontró la resistencia de los grandes intereses terratenientes, nacionales e internacionales. En particular, la reforma agraria redistributiva de Árbenz asustaba a las elites agrarias del país y a las empresas transnacionales como la United Fruit Company (UFCO) que tenían inversiones muy importantes en la producción y exportación de bananas.²⁶ Otro actor que asumió una posición crítica y de oposición al nuevo gobierno fue el clero nacional, que temía el proyecto de modernidad laica que estaba en la base de la alianza entre el nacionalismo radical de Árbenz y los comunistas. Aunque estas fuerzas tenían la capacidad de obstaculizar en la práctica el proceso de reforma, sobre todo en su vertiente agraria, y de erosionar la capacidad de gobierno del líder nacionalista, se encontraban políticamente desorganizadas e incapaces de constituir de forma autónoma una fuerza de oposición potencialmente exitosa en contra de Árbenz.²⁷

El nuevo contexto generado por la Guerra Fría y, en particular, el giro dado por la política exterior estadounidense cambiaron dramáticamente los equilibrios de poder dentro del país a favor de los sectores más conservadores. La oposición a Árbenz buscó, desde el momento en que éste fue electo, la protección de la diplomacia estadounidense, que miraba igualmente preocupada la radicalización del proceso reformador guatemalteco y su convergencia con los comunistas.²⁸ Es interesante observar cómo, en un primer momento, a pesar de los temores que la alianza entre Árbenz y los comunistas suscitaba en Washington, siguió prevaleciendo en la diplomacia estadounidense una inercia basada sobre la lógica de las políticas de buena vecindad. En 1952, también alentada por los regímenes dictatoriales de la región, la diplomacia estadounidense había autorizado un plan bautizado como *Operation Fortune* (PBFORTUNE), que preveía la organización de una invasión de Guatemala por parte de fuerzas paramilitares anticomunistas. Sólo la intervención, en el último minuto, del secretario de Estado de Harry Truman, Dean Acheson, quien estaba en contra de revertir la política de no-intervención inaugurada durante la época de buena vecindad, permitió que se abortara la operación.²⁹

La elección, pocos meses después, de un presidente republicano, Dwight Eisenhower, determinado en llevar a cabo una política de anticomunismo global más intransigente que la de su predecesor demócrata, puso fin a la moderación mostrada por Acheson. Así pues, la escalada de la Guerra Fría hizo que la oposición económico-social de las elites locales en contra de Árbenz y los temores geopolíticos de la administración Eisenhower se soldasen en un bloque político-militar poderoso, capaz de contrarrestar el proceso de reforma en el país centroamericano. Aquí es importante señalar como la nueva historiografía de la Guerra Fría y, en particular, el trabajo de Piero Gleijeses, ha reconstruido de forma convincente que, desde el punto de vista estadounidense, el factor que alentó una intervención en contra de Árbenz no fue la necesidad de defender a las empresas multinacionales como la UFCO de las amenazas de la reforma agraria. Más bien, fue la alianza entre el presidente nacionalista y los comunistas lo que alertó a la diplomacia norteamericana, preocupada de que el aumento de la influencia de los marxistas guatemaltecos fuese el preludeo a un cambio del balance geopolítico en la región a favor de la URSS.

En el verano de 1953, Washington lanzó la *Operation Success* (PBSUCCESS) cuyo objetivo era la organización, coadyuvada por la CIA, de un golpe de Estado en contra del gobierno de Árbenz. La CIA facilitó la organización de un grupo de exiliados, liderados por el coronel Carlos Castillo Armas y entrenados por la agencia que, con el apoyo logístico de Anastasio Somoza, tenían que entrar en Guatemala desde Honduras para dar comienzo a un golpe de Estado. La operación fue ejecutada con éxito en junio de 1954 y, el 24 de ese mes, Árbenz se vio obligado a renunciar a la presidencia y buscar asilo político en México.

Las consecuencias de los eventos guatemaltecos fueron dramáticas tanto en el país como en la región. El derrocamiento de Árbenz desestabilizó Guatemala de forma permanente, generando un contexto interno de extremada polarización que, después del triunfo de la Revolución Cubana, desembocó en una interminable y sangrienta guerra civil.³⁰ A nivel regional, la forma cruenta en que la alianza entre fuerzas conservadoras guatemaltecas y política anticomunista estadounidense había descarrillado el proceso de reforma democrático-social del país impactó dramáticamente sobre las estrategias políticas de las fuerzas progresistas regionales. Además, como veremos en el siguiente apartado, los trágicos eventos guatemaltecos tuvieron un papel importante en moldear el proceso revolucionario cubano hacia final de los años 50.

La irrupción de la Revolución Cubana: una respuesta a la caída de Árbenz

La respuesta más contundente y en cierta medida más exitosa a los retos planteados por la Guerra Fría en América Latina vino, una década después de su inicio, del triunfo en Cuba de la insurrección en contra del dictador Fulgencio Batista y, sobre todo, de su transformación en un proceso revolucionario de carácter socialista.³¹ La Revolución Cubana ofreció una serie de herramientas, supuestamente calibradas sobre su exitosa experiencia insurreccional y de consolidación de un nuevo régimen político revolucionario, que dieron la ilusión de que era posible socavar los bloqueos externos e internos que la Guerra Fría había impuesto a los procesos de cambio social en la región latinoamericana.³² Como veremos, el ejemplo que la Revolución ofreció para otros movimientos políticos del continente, así como los intentos que Estados Unidos, como superpotencia, hizo para contener posibles emulaciones del paradigma cubano tuvieron un impacto especialmente importante sobre la evolución de los acontecimientos centroamericanos.

La Revolución Cubana puede ser leída como una respuesta original latinoamericana a las dos grandes fracturas que el conflicto bipolar había planteado en la región y que se habían manifestado por primera vez de forma tan dramática en Guatemala en 1954. Es, de hecho, difícil no establecer conexiones entre el desenlace de la Revolución Cubana y los acontecimientos de los países centroamericanos. Estas conexiones existieron en la realidad, ya que, por ejemplo, uno de los futuros líderes de la Revolución Cubana, Ernesto “Che” Guevara, se encontraba en Guatemala para participar como voluntario internacionalista en el proceso de reforma y fue, por ello, testigo directo del derrocamiento de Árbenz. Para el Che, así como para una parte importante de las fuerzas progresistas latinoamericanas resultaba arduo mirar el desenlace guatemalteco sin pensar que los cauces democráticos ya no permitían, en América Latina, llevar a cabo procesos de reforma reales que estuvieran a salvo de la poderosa oposición de fuerzas nacionales e internacionales. Como veremos, la estrategia revolucionaria de Fidel Castro, tanto en su ámbito interno como en su dinámica internacional, parecía representar una respuesta, calibrada de forma perfecta sobre los eventos de Guatemala, a estos dilemas. No solamente la Revolución Cubana triunfó porque el precedente guatemalteco indicó, por medio de su fracaso, un camino que los barbudos recorrieron para sortear las distintas formas de oposición que se le plantearon, dentro y fuera del país, para obstaculizar la construcción de un nuevo régimen político. Sino que, a partir de su triunfo, la Revolución Cubana adoptó un internacionalismo intervencionista en apoyo de la lucha armada que permitió evitar que situaciones como las de Árbenz y Guatemala volvieran a repetirse.



Imagen 3: Alberto Korda, Entrada de Fidel y Camilo en La Habana, 8 de enero 1959

Si la Guerra Fría se había traducido en crecientes dificultades internas para la consolidación de los procesos de inclusión social y había vuelto a mostrar la cara más agresiva y antipopular de la hegemonía estadounidense, el triunfo de la Revolución Cubana y del movimiento liderado por Fidel Castro pareció mostrar a las fuerzas progresistas latinoamericanas un camino prometedor para superar estos obstáculos. En la base de la propuesta cubana se encontraba un nuevo radicalismo político que rompía drásticamente con la estrategia de moderación que la izquierda marxista tradicional había adoptado en América Latina desde la época de la VII COMINTERN. A pesar de haber sido ilegalizados o, en los hechos, limitados en su capacidad de participación política, las fuerzas y los partidos marxistas de la región habían mantenido una estrategia legalista centrada en la búsqueda de alianzas con los partidos de la llamada burguesía nacionalista latinoamericana. En esto, las fuerzas marxistas seguían la línea prudencial que emanaba de Moscú la cual, al considerar improbable un éxito comunista en la región, aconsejaba moderación a sus partidos satélites. Pesaba, en ese juicio tan pesimista sobre las potencialidades revolucionarias latinoamericanas, también el escaso interés que la política exterior soviética de la época tardo-estalinista, concentrada sobre todo en el escenario europeo, mantenía para con las periferias mundiales.³³

La Revolución Cubana, que, a su vez, encarnaba los ideales de una nueva izquierda global y latinoamericana, venía a romper con esta estrategia de autocontención.³⁴ En cambio, su modelo proponía una nueva praxis de ruptura radical con la moderación, apostando por una transformación profunda de la estructuras políticas y sociales del país. El anti-pactismo del Movimiento 26 de Julio liderado por Fidel Castro se traducía en un rechazo frontal hacia la búsqueda

del compromiso con las fuerzas políticas tradicionales, en pos de un proyecto de país que no empoderaba, pero sí devolvía centralidad política a los sectores subalternos o socialmente marginales de la sociedad cubana. La Ley de Reforma Agraria (1959), la Ley de Reforma Urbana (1960) y la acelerada estatalización de la economía respondían todas a un objetivo de transformación radical del país a favor de sus sectores tradicionalmente desprotegidos³⁵. Dentro de este marco, la adopción oficial, en la primavera de 1961, del socialismo como ideología de referencia respondía a un doble objetivo. Por un lado, la modernización socio-económica del país, imaginada por el nacionalismo radical y popular de Castro, encontraba en el socialismo los aliados internos, los instrumentos teóricos y las rutas institucionales para su realización práctica. Pero, igualmente importante, eran las posibilidades y la protección geopolítica que la transformación socialista ofrecía a la Revolución Cubana. El anti-pactismo de Castro abrazaba, de hecho, también la relación con la hegemonía estadounidense que, para los barbudos, después de los dramáticos eventos de Guatemala, era percibida como un probable obstáculo para la transformación del estatus quo socio-político en el país. En ese sentido, el socialismo geopolítico de Castro, es decir, la decisión de colocar Cuba bajo el paraguas protector de la hegemonía soviética respondía a la exigencia de defender el proceso planteado por la Revolución de profunda transformación del neo-intervencionismo estadounidense. A partir de febrero de 1960, fecha en que Anastas Mikoyan, vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS y brazo derecho del premier Nikita Jruschov, visitó por primera vez la isla, la relación entre Cuba y la URSS se fue estrechando cada vez más. Esta escalada concluyó, un año después, con la declaración de Castro que definía explícitamente la naturaleza socialista de la Revolución, rompiendo así con la tradicional colocación de Cuba del lado estadounidense y colocando a la isla establemente en el bloque socialista.

El socialismo geopolítico de Castro permitió que la Revolución llevara a cabo, en alianza con los comunistas cubanos del Partido Socialista Popular (PSP), un programa de estatalización de la economía que se atrevió a tocar los intereses económicos estadounidenses y que inicialmente resultó en un genuino proceso de redistribución de la riqueza. La alianza con la URSS permitió que Cuba llevara a cabo este proceso de cambio en completa autonomía y al amparo de los embates estadounidenses. Después de un intento de subvertir la Revolución, organizando una invasión de la isla protagonizada por exiliados anticastristas cubanos en abril de 1961, en octubre la resolución de las crisis de los misiles sancionaba una estabilización de las tensiones en el Caribe. Aunque Washington no renunció a intentos encubiertos de desestabilizar el régimen revolucionario, la protección soviética eliminó la posibilidad de proyectos de escala más amplia para eliminar la amenaza castrista.

Desde un punto de vista regional, el otro factor de gran importancia generado por el socialismo geopolítico de Castro fue la posibilidad de promover activamente fuera de los confines cubanos el modelo revolucionario que había triunfado en la isla. Es cierto que los intentos cubanos de exportar la revolución en la región chocaron con el realismo soviético que, aunque después de la muerte de Stalin en 1953 se había moderado, seguía aconsejando prudencia en el contexto latinoamericano. Y, sin embargo, la capacidad con la cual Cuba pudo apoyar movimientos de lucha armada en América Latina durante los años 60 y 70 sería difícilmente comprensible sin el apoyo político y económico que la URSS dio a la isla.³⁶

El atractivo del modelo cubano para América Latina fue amplificado por su reformulación sintética bajo la doctrina *foquista* de Ernesto “Che” Guevara. El foquismo planteaba que la instalación de pequeños focos guerrilleros en las regiones rurales de otros países latinoamericanos podía generar las condiciones para un proceso de movilización popular revolucionaria de más amplias dimensiones. Por más de dos décadas, Cuba se transformó en un *hub* revolucionario, entrenando jóvenes latinoamericanos en las labores de guerrilleros según el canon cubano u ofreciéndose como centro de coordinación, encuentro y debate entre líderes revolucionarios. Las actividades de entrenamiento y apoyo logístico de las guerrillas latinoamericanas estaban coordinadas por la Dirección General de Liberación Nacional, dentro de la Dirección General de Inteligencia y, desde 1975, por el Departamento América, todas instituciones a cargo de uno de los hombres de mayor confianza del propio Fidel Castro, Manuel Piñeiro, también conocido como el comandante Barbarroja. Y, de hecho, prácticamente todos los grandes grupos revolucionarios latinoamericanos de los años 60 y 70 recibieron algún tipo de apoyo por parte de La Habana. Sería incorrecto ver estos grupos como creaciones cubanas o títeres del régimen. En los hechos, los movimientos guerrilleros germinaron en unos contextos locales donde, generalmente, la desigualdad, la polarización y la exclusión política generaban condiciones por sí mismas propicias para los movimientos de lucha armada. Y, sin embargo, la difusión tan amplia del fenómeno en la región latinoamericana sería incomprensible sin tomar en cuenta los intentos de emulación de la experiencia cubana y el apoyo directo que La Habana dio a los proyectos de réplica del experimento isleño en otras partes del subcontinente. Incluso los movimientos guerrilleros urbanos del Cono Sur de los años 70, que se distanciaron ideológicamente del agrarismo foquista al elegir ciudades como base de sus actividades, mantuvieron contactos con Cuba y en varios casos recibieron entrenamiento militar en la isla.

Mirado desde el punto de vista de los resultados alcanzados, el apoyo cubano a las guerrillas latinoamericanas fue más bien poco exitoso. Con la exclusión de la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicara-



Imagen 2: Ernesto Che Guevara en la OEA, 1961

gua al final de los años 70, no hubo un solo caso de triunfo de un movimiento guerrillero en la región latinoamericana. Al contrario, los intentos de llegar al poder por medio de la lucha armada dispararon una oleada de represión cruenta en gran parte liderada por las fuerzas armadas latinoamericanas.

Entre Árbenz y la Revolución Sandinista: unas sutiles líneas rojas

En julio de 1979, el derrocamiento de la dictadura de Anastasio Somoza y el consiguiente triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua parecían indicar que se abría una fase nueva e inédita de reformismo social para América Central. Sin embargo, en el arco de unos pocos meses, el optimismo generado por la victoria sandinista habría de dejar espacio al desconcierto generado por la escalada descontrolada de la violencia en la región. Recién instalados los sandinistas en el poder, Nicaragua se vio convulsionado por la guerra entre el nuevo gobierno revolucionario y las fuerzas de la CONTRA, una formación paramilitar inconforme con el nuevo régimen, apoyada por Estados Unidos y las dictaduras del Cono Sur e integrada por ex miembros de la Guardia Nacional de Somoza.³⁷ La Revolución sandinista, por otro lado, se transformó en un polo de atracción para otros grupos revolucionarios como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que en enero de 1980, con el respaldo logístico de Managua y apoyo material del Bloque Oriental vía Cuba, lanzó sin éxito una vasta ofensiva para ganar control sobre El Salvador.³⁸ La derrota de la ofensiva del FMLN a principios de 1980 no implicó una disminución de la violencia en el país centroamericano. Apoyados por la administración republicana de Ronald Reagan, el ejército salvadoreño y los grupos paramilitares del país, en el marco de una estrategia de erradicación de las guerrillas rurales, se ensayaron con la

población civil y con cualquier forma de oposición en un arrebato del cual no se salvaron ni los religiosos del país. El 24 de marzo un escuadrón de la muerte integrado por militares en activo asesinó a Óscar Romero, el arzobispo metropolitano de San Salvador, quien había criticado en más de una ocasión y con dureza a los militares y a la oligarquía del país. A finales de la década, la guerra en contra de la guerrilla había dejado en el país no menos de 70.000 víctimas y un largo listado de violaciones de los derechos humanos.

Dentro de este marco, Guatemala también se caracterizó en el mismo periodo por dramáticos niveles de violencia política. La escalada de violencia en el país centroamericano fue alentada por los enfrentamientos entre los distintos gobiernos conservadores que después del derrocamiento de Árbenz, con la excepción del gobierno progresista de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), se fueron alternando en el poder y las guerrillas como las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) o el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) apoyadas por Cuba. Entre 1980 y 1983, las campañas del ejército guatemalteco para derrotar al EGP forzaron el desplazamiento del 80% de la población indígena del altiplano, se responsabilizaron de más de 600 matanzas y produjeron el asesinato de más de 100,000 campesinos mayas.³⁹

Así pues, mientras Nicaragua hacía frente a poderosas amenazas externas, El Salvador y Guatemala se volvieron teatros de enfrentamientos brutales entre las fuerzas represivas del estado, sus formaciones paramilitares y la guerrilla determinada en subvertir el status quo político de los respectivos países. En la mayoría de los casos, la víctima principal del proceso de militarización de la vida política centroamericana fue la población civil y, en particular, sus sectores más pobres y desprotegidos como los campesinos y los indígenas. Estos conflictos ensangrentaron el istmo a lo largo de la década de los años 80, encontrando una parcial resolución solamente a comienzo de los años 90 con la conclusión de un proceso de paz que, ayudado por el final de la Guerra Fría, puso fin a las guerras civiles sin solucionar, sin embargo, las tensiones sociales en la base del proceso de militarización.

Como adelantábamos al principio de este artículo, reconstruir la cadencia cronológica de los procesos que, desde el golpe de estado en Guatemala, condujeron hacia los años del conflicto político-militar centroamericano no es, en el estado actual de las investigaciones, una tarea sencilla. Todavía no tenemos una cartografía político-social precisa de cómo la región se reajustó a las convulsiones que siguieron al golpe de estado en contra de Árbenz y de cómo las élites y fuerzas sociales se readaptaron frente a las dinámicas específicas que la Guerra Fría asumió a nivel global y regional durante los años 60.

Sin embargo, hay una serie de factores que pueden ayudarnos a interpretar de forma menos episódica la explosión de tensiones que se dio en forma tan

dramática entre el final de los años 70 y la década de los 80. En las páginas que siguen, más que ofrecer un análisis exhaustivo de estos procesos, intentaremos reflexionar de forma tentativa sobre estas variables, configurando una posible agenda de investigación que marque un recorrido para acercarse a la comprensión de las raíces históricas del conflicto político-militar centroamericano de los 70 y 80. En particular, destacaremos en el texto la presencia de dos factores, que podríamos definir como de más largo plazo, y dos variables de carácter más coyuntural que contribuyeron a incendiar el istmo centroamericano entre el final de los años 70 y la década de los 80.

El primer punto que es importante considerar al empezar este recorrido, es la forma en que interactuaron la tradicional concentración de las tierras en mano de una restringida elite terrateniente centroamericana y las novedades introducidas por la Alianza para el Progreso (APRO) después de 1961. Se trata, nuevamente, de entender el cruce entre lo que hemos llamado fractura interna y la evolución de la política exterior estadounidense en el contexto de la Guerra Fría después del triunfo de la Revolución Cubana. Como han subrayado varios autores, la APRO, el programa que el presidente John Fitzgerald Kennedy lanzó en respuesta a la Revolución Cubana, generó consecuencias aparentemente contradictorias en los países centroamericanos. Aunque la APRO fue presentada como un plan de ayuda económica, desde su planteamiento la nueva estrategia de la administración Kennedy trascendió la mera dimensión del apoyo financiero a los países de la región. Bajo la APRO, haciendo hincapié sobre la teoría de la modernización, la administración Kennedy planteó inducir de forma artificial y planificada la aceleración del desarrollo económico y social en la región. Ese esfuerzo se basaba en la premisa de que sólo un cambio de las estructuras sociales y políticas de los países centroamericanos en un sentido supuestamente más moderno podía prevenir la difusión de la herejía cubana y, por ende, del comunismo soviético. La Alianza se proponía generar un crecimiento económico continental no inferior a 2.5% anual, aumentar la productividad de la agricultura, el acceso a la educación y la esperanza de vida (aumentando esta por cinco años) para 1970.⁴⁰ Al mismo tiempo, el programa se proponía proporcionar agua potable y servicios de alcantarillado en las zonas urbanas y agrícolas. Dentro de este marco, la Alianza se hizo promotora de procesos de reformas en las estructuras fiscales de los países latinoamericanos y de su producción agraria. Mientras algunos de estos procesos, como la reforma fiscal, se toparon con la oposición frontal de las élites regionales, recelosas de pagar impuestos, aún modestos, sobre sus patrimonios, otras, como la reforma agraria, acabaron por favorecer de forma paradójica procesos de reconcentración de la tierra. En América Central este fenómeno parecería haber sido el resultado de una estrategia que, en lugar de plantear una reforma agraria redistributiva, proponía una transformación del

sistema agrario que apuntaba más bien hacia el aumento de la productividad y la eficiencia. Así pues, en lugar de favorecer una redistribución de tierras hacia el campesinado más pobre, algo que probablemente habría distendido las tensiones sociales, la APRO incentivó la formación de un complejo agro-industrial basado sobre amplias extensiones de tierras cuya propiedad se encontraba concentrada en manos de una pequeña elite económica.⁴¹ La APRO contribuyó a exacerbar tensiones sociales debilitando la posición de los sectores más pobres y empoderando todavía más los grupos oligárquicos terratenientes.

Como señala Gilles Bataillon, para mediados de los años sesenta en Guatemala los ingresos de los agroexportadores eran todavía entre 20 y 100 veces superiores a los de los trabajadores agrícolas y campesinos minifundistas, en Nicaragua entre 10 y 50, y en El Salvador entre tres y 100 veces. Los países del istmo, además, se caracterizaban por una redistribución fuertemente inequitativa de la tierra, que representaba la base estructural de la desigualdad social. En Guatemala, 2.1% de los productores agrícolas controlaban 72% de las tierras cultivables, en Nicaragua 22% disponía de 85% y en El Salvador 2% tenía el poder sobre 57.5% de los terrenos.⁴² Centrados en la producción y exportación de café, bananas, algodón, carne de res y azúcar, los grupos oligárquicos centroamericanos representaban poderosas camarillas de poder con una fuerte capacidad para condicionar el funcionamiento de los respectivos sistemas políticos.⁴³ En otras palabras, se puede suponer que la APRO y sus programas centrados en el aumento de la productividad resultaron ser altamente compatible y funcionales para las estrategias de desarrollo económico llevadas a cabo activamente por parte de los estados centroamericanos. Como señala Acuña Ortega para el caso de Nicaragua, incluso en los años en que el estado asumió una faceta claramente interventora, éste mantuvo como su prioridad central “la promoción de la agroexportación, mediante el desarrollo de la infraestructura, el mantenimiento del orden público y el cumplimiento con las obligaciones de la deuda externa” en un contexto en que las políticas sociales tuvieron un papel marginal “para este Estado intervencionista, cuya prioridad era la promoción de los intereses de las clases propietarias.”⁴⁴

Por otro lado, como ha observado Bataillon, la APRO generó, por medio de un discurso que enfatizaba la necesidad de profundas transformaciones sociales, un nuevo activismo en las incipientes sociedades civiles latinoamericanas.⁴⁵ El mensaje promulgado por la APRO estimuló una movilización que se tradujo en una progresiva y cada vez más articulada crítica a la naturaleza oligárquica y autoritaria de la mayoría de los regímenes políticos centroamericanos. El proceso de movilización de sectores de la sociedad civil se hizo evidente, por ejemplo, en contextos como el de Nicaragua durante la segunda mitad de los años 70. En este país centroamericano, efectivamente, la guerrilla no copó el espacio de

la oposición hacia la dictadura patrimonialista de la dinastía Somoza. Guerrilla sandinista y oposición civilista representaron, de hecho, dos pilares paralelos y no siempre convergentes de la lucha en contra del régimen autoritario somocista.

El segundo factor crucial para entender la escalada de las tensiones sociales en América Central fue el papel que la Revolución Cubana desempeñó en alentar la militarización de las dinámicas políticas locales durante los años 60 y 70. El foquismo, con su elección del campo como terreno privilegiado de su estrategia de lucha armada, se adaptaba particularmente bien a unas realidades donde, como se ha mencionado, el conflicto social se nutría mayoritariamente del inequitativo reparto de las tierras a favor de las elites exportadoras centroamericanas. Hacia el final de la mitad de los años 60, la mayoría de los grupos revolucionarios centroamericanos apoyados por Cuba habían fracasado en sus intentos de subvertir el orden establecido en sus respectivos países. Sin embargo, durante los años 70 las guerrillas centroamericanas pasaron por un proceso de fuerte revitalización en parte estimulado por una nueva estrategia adoptada por La Habana hacia los grupos combatientes del istmo. Si en los años 60, Cuba había tenido un papel crucial en el entrenamiento de futuros guerrilleros y en proporcionarles apoyo material, durante los años 70 La Habana fue decisiva en impulsar un dificultoso proceso de unificación de las distintas formaciones revolucionarias que se habían caracterizado por una marcada propensión al litigio y al fraccionalismo. La reunificación de los grupos revolucionarios centroamericanos respondía, por lo menos en parte, al diagnóstico realizado por los propios cubanos sobre el fracaso de los 60, el cual identificaba, justamente, en las divisiones internas de la guerrilla una de las principales razones para explicar su fracaso. Durante los años 70, por ejemplo, el Departamento de América, ayudó de forma determinante a la unificación de distintos grupos revolucionarios salvadoreños bajo el paraguas del FMLN o de las tres distintas facciones sandinistas en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). No cabe duda de que la menor dispersión de fuerzas que favoreció el proceso de reunificación supervisado por Cuba devolvió durante los años 70 capacidad de iniciativa a unos grupos que hacia el final de los años 60 parecían destinados al ocaso político-militar.

Estas dinámicas de más larga duración se insertaron en una peculiar fase coyuntural de la Guerra Fría global, constituida por un breve espacio de aflojamiento de las presiones hegemónicas estadounidenses sobre la región, hacia el final de los años 70, seguido, sin embargo, por un brusco regreso a sus expresiones más radicales al comienzo de la nueva década. Si el primer periodo generó un contexto particularmente favorable para los procesos de movilización política anti-oligárquica en el istmo centroamericano, el regreso de la cara más agresiva de la política exterior estadounidense representó un factor fuertemente anticlimático para los procesos de cambio. La elección en 1977 del demócrata

Jimmy Carter a la presidencia de Estados Unidos imprimió un cambio importante, aunque breve, a la política exterior estadounidense hacia América Latina. En particular, la elección de Carter implicó el abandono de la estrategia de apoyo a las dictaduras anticomunistas latinoamericanas llevada a cabo por Nixon y Kissinger y la colocación de los derechos humanos en el centro de la nueva política exterior estadounidense. La estrategia global de Carter tenía como objetivo trascender la confrontación bipolar y, después de la etapa hiperrealista de la política exterior estadounidense, volver a colocar a Washington de lado, y no en contra, de los procesos de emancipación política y social en los países del Tercer Mundo. En América Latina y en América Central esto implicó abandonar la política republicana de apoyo a las dictaduras anticomunistas del Cono Sur y de América Central, utilizando la defensa de los derechos humanos como herramienta para debilitar los exorbitantes niveles de represión comunes en estas áreas del subcontinente.⁴⁶ Además, la política de Carter de abandono de una lógica imperial tuvo en América Latina uno de sus momentos simbólicamente más importantes en la negociación para la restitución del Canal de Panamá, que concluyó con éxito en septiembre de 1977.

Aunque la década de los años 70 fue, en general, en América Latina una etapa de recrudescencia de la Guerra Fría, los cuatro años de la presidencia de Carter introdujeron lo que podríamos definir como “pequeña distensión,” expresión que utilizamos para diferenciar este periodo de la época que se conoce como la *détente*.⁴⁷ Aunque la política exterior de Carter fue en parte ambigua y por momentos fluctuante, es cierto que contribuyó a una disminución de las presiones sobre los procesos de cambio social protagonizados por las fuerzas opuestas a los regímenes autoritarios de la región. Al contrario de Nixon, Carter rechazó apoyar, las dictaduras centroamericanas, aunque éstas garantizarían una estabilidad anticomunista en la región. Por primera vez desde el comienzo de la Guerra Fría, la nueva postura de la administración demócrata debilitó a los sectores más conservadores, dando un renovado margen de maniobra a las fuerzas que pugnaban por una apertura de los espacios políticos centroamericanos. El triunfo de la Revolución Sandinista, en julio de 1979, fue posible también gracias a los nuevos espacios que la administración Carter, por medio de su oposición a las dictaduras regionales, creó para las fuerzas de oposición progresista latino- y centroamericanas. Aunque Carter no veía con simpatía las fuerzas guerrilleras centroamericanas, y el FSLN no era una excepción en esto, su oposición a las dictaduras como la de Somoza generó indirectamente un espacio que fue rápidamente aprovechado por las sociedades civiles y las fuerzas guerrilleras para aumentar su presión sobre los regímenes políticos centroamericanos.

Habría que señalar que la disminución de las presiones hegemónicas estadounidense en el istmo favoreció también el empoderamiento de una serie

de actores regionales, como Venezuela y México, respectivamente bajo las presidencias de Carlos Andrés Pérez, de Acción Democrática, y de José López Portillo, que hasta el momento habían mantenido un perfil más bien bajo en términos de su política exterior hacia América Central. Sin embargo, alentados por los elevados ingresos derivados del petróleo que marcaron los años 70 y por el vacío de poder que la nueva política anti-hegemónica de Carter generó en la región, estos países desempeñaron un papel importante en apoyar los procesos de cambio regional como el protagonizado por los sandinistas en Nicaragua. Durante la primera parte de la insurrección sandinista, Venezuela desempeñó de hecho un papel central en apoyar la consolidación del FSLN en su lucha contra Somoza.⁴⁸ Sin embargo, la victoria electoral en ese país, en diciembre de 1978, de Luis Herrera Campíns, del partido socialcristiano COPEI, llevaría al poder un gobierno menos propenso a intervenir en Nicaragua.

México, en cambio, desde la primavera de 1979, aumentó su activismo en el contexto de la crisis nicaragüense. El 20 de mayo el gobierno de López Portillo rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno de Somoza, un claro gesto de apoyo a los sandinistas. Además de ofrecer ayuda diplomática a la insurgencia sandinista en el ámbito interamericano, según las reconstrucciones de Mario Vázquez Olivera, el gobierno mexicano proporcionó también armas y municiones al Frente Sandinista de Liberación Nacional, aunque en medida menor que Cuba, Venezuela y Panamá.⁴⁹ Como señala Vázquez Olivera, rompiendo una larga tradición no-intervencionista, el gobierno de López Portillo daba así muestra de querer usar su peso político regional, reforzado por su nueva condición de exportador de petróleo, para propiciar un cambio político en Nicaragua a favor de las fuerzas revolucionarias. Como muestran los ensayos de este dossier, la presencia mexicana en la región fue ascendiendo, fortaleciendo así su intento de establecer un liderazgo regional que favoreciera la solución de los conflictos en el istmo. Después de la caída de Somoza, México se volvería uno de los países, cuando no el principal, que proveían ayuda del gobierno sandinista. El 3 de agosto de 1980, México firmó con Venezuela el Acuerdo de San José, según el cual los dos países se comprometían a suministrar 160,000 barriles de petróleo diarios a la región y ofrecían créditos por el equivalente a 30% de sus facturas petroleras con tasas de intereses moderadas.⁵⁰ México se volvería también un importante sostenedor del principal grupo guerrillero de El Salvador, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como demostraría también la declaración franco-mexicana de agosto de 1981 que otorgaba reconocimiento formal a las guerrillas del país centroamericano.⁵¹

La ventana de oportunidad que había hecho posible la victoria sandinista y que había creado espacios para un paulatino empoderamiento de actores regionales como México y Venezuela se cerró bruscamente con la elección del candidato

republicano Ronald Reagan como nuevo presidente de Estados Unidos. Reagan había ganado las elecciones con un discurso de crítica radical a la moderación de Carter e, influenciado por la nueva corriente intelectual neoconservadora, proponía que Washington volviera a enfrentar con más contundencia la amenaza soviética en el Tercer Mundo. En América Central, la revolución sandinista, a la par de la invasión soviética de Afganistán, parecía mostrar un supuesto avance del comunismo global, transformándose inmediatamente en un blanco de pruebas de la nueva beligerancia estadounidense. Reagan apoyó la formación de la Contra y, además, inundó de ayuda económica y militar los sangrientos regímenes salvadoreños y guatemaltecos que, al amparo de la protección estadounidense, pudieron llevar a cabo sus sangrientas campañas de contrainsurgencia.⁵² Nuevamente, al principio de los años 80 volvía a soldarse en un único bloque la política exterior anticomunista de Washington con la defensa indiscriminada de las posiciones de poder y privilegio de una parte de la oligarquía regional.

La victoria de Reagan y la puesta en marcha de una estrategia radical de contención del comunismo, que tuvo en América Central uno de sus epicentros de mayor importancia, completa el cuadro que hemos intentado delinear para entender la escalada de las tensiones centroamericanas y su desenlace en un conflicto político-militar de dimensiones dramáticas durante los años 80. Aunque este análisis no pretende ser del todo exhaustivo, sí aspira a plantear un marco para comprender de forma menos episódica la evolución de los eventos centroamericanos, marcando el camino para futuras investigaciones sobre este tema.

Conclusiones

No parece casual que fuera justamente en América Central donde la Guerra Fría latinoamericana se incendiara por primera vez en su forma más cruenta, con el derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz en 1954, y donde por fin se apagara entre las llamas de los conflictos políticos-militares que devastaron el istmo entre el final de los años 70 y la década de los años 80. En una región que es, con pocas excepciones, tradicionalmente marcada por fuertes desigualdades sociales, la Guerra Fría proporcionó poderosas herramientas ideológicas y materiales para el empoderamiento de las elites locales y sus privilegios. En el istmo, como en el conjunto de la región latinoamericana, el anticomunismo desempeñó un papel importante para la contención de los procesos de reforma social que intentaban romper la naturaleza oligárquica de los regímenes políticos centroamericanos. La fuerza de esta herramienta ideológica fue dramáticamente amplificada por el apoyo que Washington dio, en nombre de su cruzada global en contra del comunismo, a aquellos actores que supieron retratar su lucha para

la contención de las demandas sociales como un episodio local del enfrentamiento entre Este y Oeste. Sin embargo, en el contexto centroamericano, incluso iniciativas como la APRO, que intentaban sustituir la contención anticomunista reaccionaria con la construcción de una alternativa reformista, acabaron por reforzar la posición de las elites oligárquicas locales. Como se ha visto, esto se debió en parte a la propia naturaleza de la APRO y su acentuado énfasis sobre el aumento de la productividad. Todavía más decisivo fue el hecho de que la conformación del estado centroamericano, que incluso en su etapa más intervencionista respondía en gran parte a la defensa de intereses patrimonialistas, permitió que las herramientas del programa de Kennedy fueran secuestradas por las elites locales en pos de sus beneficios.

El conflicto bipolar ofreció también oportunidades de reacción frente a los procesos de empoderamiento conservador y para reforzar las estrategias de resistencia de aquellos actores tradicionalmente marginados de las sociedades centroamericanas por parte de los grupos de poder político y económico. Sin embargo, el balance de más de cuatro décadas de Guerra Fría en la región estuvo claramente inclinado a favor de las elites locales y de sus proyectos de consolidación oligárquica de los estados centroamericanos. En ese sentido, el triunfo de la Revolución Sandinista, aunque favorecido excepcionalmente por lo que hemos definido como “pequeña distensión,” ofrece un ejemplo de cómo los procesos de resistencia pudieron también consolidarse en un contexto sumamente adverso. Y, sin embargo, la forma en que la revolución en Nicaragua fue ahogada, en un contexto en que la Contra y la administración Reagan le impidieron desarrollar sus propuestas de reforma social, mientras sus aliados como México veían drásticamente reducida su capacidad de apoyo debido a la crisis económica del ‘82, muestra nuevamente los límites que la Guerra Fría impuso a los procesos de cambio regional.

El final de la Guerra Fría ha permitido la sanación, para América Central y para América Latina en general, de aquella fractura externa que tan poderosamente había potenciado los procesos de consolidación autoritaria locales. Aunque el impacto de la hegemonía estadounidense en el istmo no puede ser minimizado, es cierto que el derrumbe soviético ha erosionado fuertemente las bases ideológicas del intervencionismo estadounidense, restando además importancia al área centroamericana desde un punto de vista estratégico. Y, sin embargo, queda intacto o con pocos cambios el problema de la captura del estado centroamericano por parte de actores y fuerzas determinadas en hacer de él un uso patrimonialista y a configurar en sentido oligárquico la naturaleza de los regímenes políticos del istmo centroamericanos. La Guerra Fría puede haber acabado, pero los dramas causados por las insostenibles desigualdades sociales, en contextos en los que el estado no parece responder de forma responsable a

las necesidades de redistribución, delinear un cuadro poco alentador para los países de la región.

Notas

1. Algunas reflexiones importantes sobre la escasez de estudios de la relación entre América Central y las dinámicas internacionales desencadenadas por la Guerra Fría se pueden encontrar en Roberto García, “Comentario del libro: Iván Molina Jiménez y David Díaz Arias (eds.), *El verdadero anticomunismo. Política, género y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1973)* (San José de Costa Rica, EUned, 2017)”, *Diálogos. Revista electrónica de historia*, 19 (especial 2018), pp. 120-134; también importante como intento de avanzar en el estudio de estas dinámicas de interacción poco exploradas es: Roberto García y Arturo Taracena Arriola (coords.), *Guerra Fría y anticomunismo en Centroamérica* (Guatemala: Flacso, 2017); recientemente, el historiador estadounidense Aaron Coy Moulton ha realizado trabajos relevantes sobre el periodo de la Guerra Fría temprana, véase, por ejemplo: Aaron Coy Moulton, “Building Their Own Cold War in Their Own Backyard: The Transnational, International Conflicts in the Greater Caribbean Basin, 1944-1954”, *Cold War History*, 15: 2 (2015), pp. 135-154.
2. Sobre el concepto de contrapunteo entre istmo y puente véase Carolyn Hall, “América Central como región geográfica”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 11: 2 (1985), pp. 5-24.
3. Víctor Hugo Acuña Ortega, “Centroamérica en las globalizaciones, Siglo XVII-XXI”, *Anuario de estudios centroamericanos*, 41 (2015), pp. 13-27.
4. John Coatsworth, “The Cold War in Central America, 1975–1991”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, Vol. 3 (Cambridge: Cambridge University Press, 2010), pp. 201-221.
5. Greg Grandin, “Off the Beach: The United States, Latin America, and the Cold War”, en Jean-Christophe Agnew y Roy Rosenzweig (eds.), *A Companion to Post-1945 America* (Malden, MA: Blackwell Pub., 2006), pp. 426-445.
6. Utilizamos la expresión “a veces” porque algunos trabajos de Grandin, como Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004), están extensamente enfocados en la reconstrucción de una perspectiva genuinamente latinoamericana. Sin embargo, otros trabajos de síntesis, como su capítulo introductorio en Greg Grandin y G. M. Joseph (eds.), *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin America’s Long Cold War* (Durham, NC: Duke University Press, 2010), vuelven a restar protagonismo a la dimensión latinoamericana.
7. Sobre este debate véase: Aldo Marchesi, “Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur ‘local’ y el Norte ‘global’”, *Estudios Históricos*, 30:60 (2017), pp. 187-202; Vanni Pettinà y Román, José Antonio Sánchez, “Beyond US Hegemony: The Shaping of the Cold War in Latin America”, *Culture & History Digital Journal*, 4: 1 (2015), pp. 1-4.
8. Acuña Ortega, “Centroamérica en las globalizaciones”, p. 18.
9. *Ibid.*
10. *Ibid.*

11. Tanya Harmer, "The Cold War in Latin America", en Artemy M. Kalinovsky y Craig Daigle (eds.), *The Routledge Handbook of the Cold War* (London, New York: Routledge/Taylor & Francis Group, 2014), pp. 133-149.
12. Véase, Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (México: El Colegio de México, 2018), pp. 19-62.
13. Sobre la primavera democrática latinoamericana véase: Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza Editorial, 1970); Leslie Bethell e Ian Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948* (Cambridge: Cambridge University, 1992).
14. Warren F. Kimball, *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1991), especialmente el capítulo 6; Vanni Pettinà, *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959: Del compromiso nacionalista al conflicto* (Madrid: Los Libros de la Catarata, 2011), pp. 22-55.
15. Sobre el reacomodo estadounidense al hilo del conflicto con Moscú véase, por ejemplo: Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1992).
16. El proceso de participación de los partidos comunistas en los gobiernos de estos países latinoamericanos es analizado en Bethell y Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War* y Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 361-431.
17. Stephen G. Rabe, "The Elusive Conference: United States Economic Relations with Latin America, 1945-1952", *Diplomatic History*, 2:3 (1978), pp. 279-294; Víctor L. Urquidí, *Otro siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)* (México, D.F.: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2005).
18. Heric Helleiner, "Central bankers as good neighbours: US money doctors in Latin America during the 1940s", *Financial History Review*, 16:1 (2009), pp. 2-25.
19. Sobre las políticas de la presidencia republicana de Eisenhower hacia América Latina véase: Stephen G. Rabe, *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988).
20. Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2010); Peter H. Smith, *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations* (New York: Oxford University Press, 2000).
21. La forma en que el comienzo de la Guerra Fría alteró el recorrido del proceso de democratización latinoamericano es analizada en Leslie Bethell e Ian Roxborough, "The Impact of the Cold War on Latin America", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter (eds.), *The Origins of the Cold War: An International History* (Routledge: New York, 2005), pp. 299-316; véase también, Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 431-517.
22. Sobre las distintas fases que enfrentó el proceso de industrialización por sustitución de las importaciones véase Luis Bértola y José Antonio Ocampo, *The Economic Development of Latin America since Independence* (Oxford: Oxford University Press, 2012); Albert O. Hirschman, "The Political Economy of Import Substituting Industrialization in Latin America", *The Quarterly Journal of Economics*, 82: 1 (1968), pp. 1-32.
23. Leslie Bethell e Ian Roxborough, "The Impact of the Cold War on Latin America", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter (eds.), *The Origins of the Cold War: An International History* (Routledge: New York, 2005), pp. 299-316; Leslie Bethell e Ian Roxborough, "Introduction: the postwar conjuncture in Latin America: democracy, labor, and the left", in Leslie Bethell and Ian Roxborough (eds.) *Latin America between the Second World*

- War and the Cold War, 1944-1948* (Cambridge University Press: Cambridge, NY, 1992), pp. 1-34.
24. Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991), pp. 73-74.
 25. *Ibid.*, p. 149.
 26. Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre*, pp. 10 y 76
 27. *Ibid.*
 28. Esta tesis se encuentra en Piero Gleijeses, *Shattered Hope*. Para una interpretación distinta del derrocamiento de Árbenz, basada sobre factores económicos, véase, por ejemplo: Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Story of the American Coup in Guatemala* (Boston: Harvard University/ David Rockefeller Center for Latin American Studies, 1999).
 29. Sobre este episodio véase: Aaron Coy Moulton, “Building Their Own Cold War”; Nicholas Cullather, *Secret History: The CIA’s Classified Account of Its Operations in Guatemala 1952-1954* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1999).
 30. Sobre el Guatemala post-golpe y las consecuencias del derrocamiento de Árbenz véase: Roberto García Ferreira, “‘Somos una dictadura y hacemos lo que nos da la gana’: la contrarrevolución ‘liberacionista’ y los asilados guatemaltecos (1954)”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 43:1 (2018), pp. 102-132; Stephen M. Streeter, *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954-1961* (Athens: Ohio University Center for International Studies, 2000).
 31. Para un análisis de la evolución del proceso revolucionario en Cuba véase: Rafael Rojas, *Historia mínima de la revolución cubana* (México, D.F.: El Colegio de México, 2015).
 32. Vanni Pettinà, *Historia mínima*, pp. 89-129.
 33. Sobre la política exterior soviética durante la tardía etapa estalinista véase: Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007).
 34. Para un análisis del concepto de nueva izquierda en América Latina véase: Eric Zolov, “Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A contracorriente*, 5: 2 (2008), pp. 47-73.
 35. Además del ya citado trabajo de Rafael Rojas, para un análisis en profundidad de la construcción del régimen revolucionario cubano véase: Antonio Annino, *Dall’insurrezione al regime: politiche di massa e strategie istituzionali a Cuba, 1953-1965* (Milano: F. Angeli, 1984).
 36. Jonathan C. Brown, *Cuba’s Revolutionary World* (Cambridge, MA; Londres: Harvard University Press, 2017); Dirk Kruijt, *Cuba and Revolutionary Latin America: An Oral History* (Londres: Zed Books, 2016); Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America* (Garden City: Doubleday, 1971).
 37. Alain Rouquié, *Guerras y paz en América Central* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994); John H. Coatsworth, *Central America and the United States: The Clients and the Colossus* (Nueva York: Twayne Publishers, 1994); Saul Landau, *The Guerrilla Wars of Central America: Nicaragua, El Salvador, and Guatemala* (Nueva York: St. Martin, 1993); Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America* (Nueva York: Norton, 1983); Robert S. Leiken (ed.), *Central America: Anatomy of Conflict* (Nueva York: Pergamon Press, 1984).
 38. Andrea Oñate, “The Red Affair: FMLN-Cuban Relations during the Salvadoran Civil War, 1981-1992”, *Cold War History*, 11:2 (2011), pp. 133-154.
 39. Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre*, p. 127.

40. Sobre la Alianza para el Progreso, véase: Jeffrey F. Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America* (Nueva York: Routledge, 2007); Stephen G. Rabe, *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999).
41. Hal Brands, *Latin America's Cold War*, pp. 152-153.
42. Gilles Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2008), pp. 55-56.
43. *Ibid.*
44. Víctor Hugo Acuña Ortega, “La formación del Estado en Nicaragua y Costa Rica en perspectiva comparada: Siglos XIX-XX”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 44 (2018), pp. 247-285, esp. pp. 269-270.
45. Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas*, p. 91.
46. Sobre la presidencia de Carter véase, por ejemplo: Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: the Remaking of American Foreign Relations in the 1970s* (Oxford: Oxford University Press, 2015).
47. Se conoce como *détente* el periodo de progresiva distensión de la conflictividad bipolar que tuvo su momento culminante en la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) o Conferencia de Helsinki que sesionó entre 1973 y 1975. Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Detente* (Cambridge: Harvard University Press, 2003); Odd Arne Westad (ed.), *The Fall of Detente: Soviet-American Relations during the Carter Years* (Oslo: Scandinavian University Press, 1997); Raymond L. Garthoff, *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan* (Washington, D.C.: Brookings Institution, 1994).
48. Sobre la dimension centroamericana del conflicto véase, por ejemplo: Gerardo Sánchez Nateras, “The Sandinistas Revolution and the Limits of the Cold War in Latin America, 1978-1979”, *Cold War History*, 18:2 (2018), pp. 111-129; Fabián Herrera León, “El apoyo de México al triunfo de la Revolución sandinista: su interés y uso políticos”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 38:1 (2011), pp. 219-240.
49. Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández, “México ante el conflicto centroamericano, 1978-1982. Las bases de una política de Estado” en Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández (eds.), *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época* (México: Bonilla Artigas Editores, UNAM, Centro de Investigaciones Sobre América Latina y el Caribe, 2016), p. 30.
50. *Ibid.*, p. 32.
51. *Ibid.*, p. 34; Pettinà, *Historia mínima*, p. 227.
52. Sobre la política exterior estadounidense hacia América Central durante los años de la presidencia de Ronald Reagan, véase: Morris Blachman, William LeoGrande y Kenneth E. Sharpe (eds.), *Confronting Revolution: Security through Diplomacy in Central America* (Nueva York: Pantheon Books, 1986); Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua* (Boulder: Westview Press, 1987); William M. LeoGrande, *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998); Mark T. Gilderhus, *The Second Century: U.S.-Latin American Relations since 1889* (Wilmington: Scholarly Resources, 2000).